

CANTICUM AMABILE SENECTUTIS

Ángel Fernández Dueñas

Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Senectud.
Mente.
Trabajo.
Cine.
Literatura.

Siguiendo el modelo del *Cato mayor de senectute liber*, de Cicerón, éste pone en boca de Catón *el Viejo* su parecer sobre la senectud, considerándola simplemente como una etapa más de la vida, refutando los cuatro argumentos que la denostan. Basándome en doscientos variopintos personajes mayores de ochenta años y aceptando el tono festivo que pueda entreverse, asumo la postura catoniana.

ABSTRACT

KEYWORDS

Senescense.
Mind.
Work.
Cinema.
Literature.

Following the model of the Cato major of senectute liber, of Cicerón, this one puts in Cato the Elder's mouth his opinion on the seneness, considering it simply like a more stage of the life, refuting the four arguments that denost it. Based on two hundred people who are over eighty years old and accepting the festive tone that can be glimpsed, I assume the Catatonian position.

A mis compañeros de Bachillerato (promoción 1948-1954 del Instituto de Córdoba) en el LX aniversario de nuestra graduación.

Llevo mucho tiempo cavilando sobre la senectud... Últimamente se me ocurrió releer el *Cato maior de senectute liber*, de Cicerón y, poco a poco, prendió en mí la necesidad de escribir algo sobre la ancianidad, que se acrecentó cuando estaba inminente el momento en que me convertiría, al fin, en abuelo...

La recogida de datos ha sido larga y ardua. He seleccionado 200 personajes con más de ochenta años, comprendidos desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, nacionales y extranjeros, desde profetas del Antiguo Testamento, hasta playboy contemporáneos, actores y actrices, cantaores/as y cantantes, científicos y santos, Papas y Pre-

mios Nóbel, dramaturgos y novelistas, ensayistas y poetas, académicos y filántropos, médicos y filósofos, pintores y escultores, industriales y militares, jefes de Estado y políticos, príncipes y reyes...

Comenzaré ofreciendo una síntesis de la obra ciceroniana: Catón el Viejo platica con dos jóvenes, Escipión *el Africano* y su amigo Lelio; estos, admirados de la intensa actividad que desarrolla el octogenario Catón, le preguntan sobre la senectud y éste contesta apelando a una serie de razones —muchas de ellas heredadas de Platón— para no renegar de ella y aceptarla como una etapa más de la vida. El tema central de la obra es la refutación de los cuatro argumentos por los que la vejez puede parecer miserable: 1) Aparta de las actividades normales de la vida. 2) Implica la pérdida de la fuerza física. 3) Impide el disfrute de los diversos placeres y 4) Significa, ni más ni menos, que la proximidad de la muerte.

I

En cuanto al primer argumento, lo rebato asegurando que las grandes cosas no se hacen con fuerza, agilidad o rapidez, sino mediante el consejo, la autoridad y la opinión, cosas que abundan en la vejez y, si bien es verdad que puede existir una disminución de la memoria, hay ejemplos de lo contrario: Sófocles, con 90 años, declamaba su *Edipo en Colonos* y Sócrates, ya anciano, comenzó a estudiar y practicar la lira.

Se olvida Cicerón de citar al presocrático Demócrito de Abdera, que dejó este mundo con 109 años o a Diógenes, que lo hizo a los 90, e incluso a algunos de los “Siete sabios de Grecia”, como Tales de Mileto, que murió con 92 o Jerófanos de Colofón, el fundador de la escuela eleática, que llegó a los 97, y al mismísimo Platón, fallecido a los 81 años.

Escaso rebatimiento el de Cicerón, aunque hay que aceptar que hay veintidós siglos de diferencia a mi favor y doce años más de vida sobre la tierra y, por ello, puedo exponer un largo rimero de ejemplos, limitándome a los mayores de ochenta años.

Prescindamos del profeta Enoch, que vivió 365 años, de su hijo Matusalén, que dicen que llegó a los 696 y del “pequeño” y paciente Job, que sólo vivió 248. Citemos tan sólo al poeta latino Catulo, indiscutible decano de la “modernidad”, al haber alcanzado los 126 años.

De militares y jefes de Estado, podría citar a Bismarck, canciller de Alemania hasta su muerte con 83 años, el también militar y político teutón Hindenburg, que hubo de entregar el poder a Hitler, con 87 años. Y Churchill, activo casi a los 91, incluso con su premio Nóbel de Literatura, tan merecido como el de la Paz, de Obama... Y otro gran canciller alemán, Adenauer, que cesó en su cargo también con 91 años. Y Sandro Pertini, fallecido a los 94 y presidente de la República Italiana hasta los 89. Dentro de este apartado, por cortesía y por emperatriz, hemos de citar a la más que nonagenaria Eugenia de Montijo.

Y una serie de “viejas glorias” —aún entre nosotros¹— más o menos activos, como Fidel Castro (88), Kissinger (91) y Felipe de Edimburgo (93) y otros tres, recientemente desaparecidos: Margaret Thatcher (89), Fraga (89) y el casi incombustible doctor *honoris causa* Santiago Carrillo, con 96 años y un hijo, rector de universidad...

Médicos eminentes, como nuestros Premios Nóbel Ramón y Cajal (82) y Severo Ochoa (89), presididos por Hipócrates (90), el Padre de la Medicina. Y una pléyade de literatos españoles de las generaciones del 98 y del 27, como Menéndez Pidal (99), Pío Baroja (84), Azorín (94), Pérez de Ayala (82), Dámaso Alonso (92) y Alexandre (86). Dos Premios Nóbel de Literatura, el dramaturgo británico George Bernard Shaw (94) y el italiano Elias Canetti (89); dos glorias de las letras francesas y alemanas, Víctor Hugo (83) y Goethe (83), respectivamente y el indio Rabindranah Tagore (80), uno de mis poetas de cabecera. Y músicos y compositores como Verdi (88), Wagner (82) y el veterano Pablo Casals (97). Y artistas como Gian Lorenzo Bernini (82), Goya (82) y Picasso (92). Y actrices, como “la divina” Greta Garbo (85), Bette Davis (81) y Marlene Dietrich (91) y actores tan conocidos como Charles Chaplin (88), Maurice Chevalier (84), Sir Alec Ginnes (86) o Cantinflas (82).

Todos ellos, con su larga vida y con su ejemplo, refutan el primer argumento esgrimido contra la senectud y el filósofo inglés Sir Francis Bacon rompe hasta cuatro lanzas defendiéndola, cuando aconseja: “Vieja madera para arder, viejo vino para beber, viejos amigos en quien confiar y viejos autores para leer”..

II

El segundo, referido a la pérdida de fuerzas que produce la ancianidad, es verdad a medias, porque la vida no puede valorarse en función de dicho deterioro, porque ¿quién está libre de la enfermedad? Es verdad la alerta de Platón: “Teme a la vejez porque nunca viene sola”, pero eso, ni ocurre siempre ni lo que pueda traer, por fuerza ha de ser fatal.

Muchos de los ejemplos citados en el primer punto dan un mentís rotundo al segundo argumento, pero citemos otros nuevos del profundo morral de ancianos ilustres que en el mundo han sido...: Alfred Hitchcok (81) y Luis Buñuel (83) dirigieron películas casi hasta el instante de su muerte. Isaac Newton (85), después de enunciar su Ley de la gravitación universal, las leyes fundamentales de la mecánica y el teorema del binomio —entre otras muchas cosas— fue, durante veinticuatro años, hasta su muerte, presidente de la Royal Society de Inglaterra. Iván Petrovic Pavlov (87) dedicó los cuarenta últimos años de su vida al estudio de la actividad nerviosa superior, lo que le valió el Premio Nóbel de Medicina. Enzo Ferrari (90) y Henri Ford (84), durante toda su existencia fueron los grandes pioneros de la industria del automóvil...

¹ Cuando se redactó este trabajo aún vivían algunas de las personas aludidas, hoy desaparecidas.

La vejez es honorable si ella misma se defiende, si mantiene sus derechos, si no es dependiente de nadie. Muchos ancianos padecen la tortura de la dependencia y de la pobreza...y de la soledad, como refleja el proverbio sueco que dice: “Los niños van por grupos, los adultos por parejas y los viejos, solos”. Los signos más ciertos de la vejez son el sentimiento de la soledad y, como afirma Azorín, la pérdida de la curiosidad.

Hoy, quizá más que nunca, se habla de la contrapuesta dualidad juventud-ancianidad, que puede compendiarse en otro proverbio, éste estoniano: “El viejo tiene la muerte ante sus ojos, el joven a sus espaldas”. Pero cuanto este aserto falla, hemos de estar de acuerdo con Plutarco de Queronea cuando afirma: “La muerte de los jóvenes es un naufragio, la de los viejos, un arribo a puerto”.

Hace unos años leía unas declaraciones del director de cine Fernando Trueba, en las que afirmaba entre otras cosas:

Vivimos en un mundo donde hay una verdadera obsesión por la juventud. Los viejos quieren ser jóvenes y los que han dejado de ser jóvenes, también. Todo es para los jóvenes: la moda, las películas.. La juventud es una época de la vida como otra cualquiera. Deberíamos tener más culto a nuestros viejos porque son los que transmiten las cosas, son la experiencia...

Mi siempre admirado Prof. Laín Entralgo hizo una afirmación al respecto, con la que no puedo estar de acuerdo: “No hay jóvenes y viejos; sólo jóvenes y enfermos”. Mi veneración por el maestro me obliga a delegar lo que sería mi contestación, en las siguientes frases del general MacArthur: “Nadie envejece por vivir años, sino por abandonar sus ideales. Eres tan joven como lo sea tu fe, tu confianza en ti mismo, tu esperanza. Eres tan viejo como tu temor, tus dudas, tu desesperanza”. Esto mismo dice Cicerón por boca de Catón el Viejo de aquellos ancianos, que, sumergidos en sus estudios, ni siquiera se dan cuenta que envejecen y, tal vez, deja las cosas en su sitio Víctor Hugo, cuando afirma: “En los ojos del joven arde la llama. En los del viejo brilla la luz”.

III

El tercer argumento contra la vejez es que impide el disfrute de los diversos placeres. Cicerón, siempre a través de su anciano protagonista, hace una verdadera diatriba contra los placeres, cuando asegura que “una vida virtuosa es garantía de bienestar”, cosa que puede resultar razonable si nos referimos solo a los placeres de la mesa. Pero, al referirse al amor y al sexo, ya no lo tiene tan claro, pues, si primero lanza ese rotundo axioma ¿cómo afirma después que “para los que están ahítos es mucho más agradable la carencia que el disfrute”? ¿Cómo se puede estar ahíto de placeres si se ha llevado una vida virtuosa? Y otra ambigüedad: Asegura que “la vejez disfruta de los placeres lo suficiente aunque los vea de lejos.” No tan de lejos los debió ver el propio Cicerón, quien a los 60 años de edad y 33 de matrimonio

repudió a Terencia para casarse con su joven y rica pupila Publilia, repudiando también a ésta para contraer terceras nupcias con Sempronía.

Esta...doble moral ciceroniana es semejante a la postura de Quilón de Esparta —uno de los siete sabios de Grecia— que, aunque afirmara: “honra a los ancianos; no murmures jamás de los muertos”, murió del exceso de placer y debilidad de la vejez... ¡Coherencia pura!

Absoluta coherencia y absoluta negación del tercer argumento contra la senectud, encontramos, ya en Grecia, en Anacreonte (85), poeta y cantor de la vida y del amor, que creó escuela a través de la historia, hasta nuestros días, donde se han demostrado como reputados alumnos bastantes famosos como, entre ellos, la recién fallecida Sara Montiel (85) y Marujita Díaz (83) con sus matrimonios con Toni Hernández y Dinio, respectivamente y Zsa Zsa Gabor (94), con sus nueve maridos y, de ellos, el Dr. Iglesias Puga (90), primero con su romance con Begoña —más de treinta años más joven— y, después, con su sonado matrimonio con Ronna Keith y su doble paternidad, casi nonagenaria la primera y la segunda, incluso póstuma. Hugo Hefner (85), precursor del erotismo gráfico y fundador de PlayBoy, esposo de tiernas “conejitas”. El poeta Rafael Alberti (97), casado en segundas nupcias a los 86 años y el Nóbel de Literatura Camilo José Cela (85), que tres años después de su divorcio de Rosario Conde, casó de nuevo con la joven Marina Castaño, mediada la setentera de su vida. Pero la arquetípica negación del tercer supuesto negativo de la ancianidad corresponde a la sin par españolísima Cayetana de Alba (88), casada por tercera vez, con un hombre veinticuatro años más joven.

Seguro que todos estos personajes citados aducirán en defensa de su contumacia en el amor, la frase del poeta italiano Hipólito Nievo: “La razón se hace adulta y vieja; el corazón permanece siempre niño”.

Pero Cicerón-Catón (o Catón-Cicerón, tanto monta...) siguen con su postura ambigua cuando pretenden contentar al anciano con sus recomendación de placeres a ejercitar, como la agricultura, la floricultura, la vida en el campo.; todo muy idílico y nemoroso porque no llegaron a conocer al *abuelo-canguro* o al *abuelo-mandadero* o al *abuelo hipotecado* de hogaño, figuras quizá mal ponderadas pero que, a mi juicio, cumplen una función social importante.

Al abogar por una vida virtuosa, honesta y productiva (dice Catón /escribe Cicerón) podrá el anciano recoger los frutos de la dignidad y de la autoridad, que deberán significar para él un auténtico placer, propio de su edad, transformándole en un idóneo consejero para la juventud. Y, como siempre, surge el chiste cuando la referencia es a la esfera sexual, como hace el moralista francés François la Rochefoucauld al asegurar: “Los viejos se consuelan dando buenos consejos porque no pueden dar malos ejemplos” y apuntilla un hombre tan sesudo como fue nuestro don Santiago Ramón y Cajal con este lapidario pensamiento: “En la vida del enamorado, los prudentes consejos del viejo suenan como la voz atiplada de un eunuco que disertara sobre las excelencias del celibato”.

IV

El cuarto y último argumento en contra de la senectud es que significa la proximidad de la muerte, como apuntaba de forma socarrona el actor Marcelo Mastroianni: “La vejez es una condena sin derecho a recurso”; y como sentenciaba filosóficamente nuestro Ramón y Cajal: “Lo más triste de la vejez es carecer del mañana”.

Cicerón afirma que “si no vamos a ser inmortales es deseable que dejemos de existir a su debido tiempo”. ¡De acuerdo!, pero ¿cuándo llega el debido tiempo? ¿quién decide el *cuándo*?) Porque yo estoy con Maurice Chevalier cuando afirma: “La vejez no es tan mala cuando se considera la alternativa”. Y sigue diciendo el libro comentado: “Si no hay nada después de la muerte, nada debemos temer. Si la muerte es la puerta para la vida eterna, deberemos desearla”. Y, nueva contradicción, el mismo autor afirma en otra de sus obras: “Nadie es tan viejo que no crea poder vivir un año más”.

¿Larga vida o calidad de vida? Hoy ambicionamos ambas cosas, tal vez porque el fisiólogo ruso Kedrov ya afirmaba, en el primer tercio del siglo XX, que el ser humano podría vivir en un futuro no muy lejano, hasta 130 años. Y es que el *homo sapiens* siempre será insaciable como apuntaba nuestro inmortal Quevedo: “Todos deseamos llegar a viejos y todos negamos que hemos llegado”.

El libro de Cicerón que comentamos es un bello monumento al ideal, no exento de contradicciones, medias verdades, vanidad y jactancia. Ojalá todos pudiéramos vivir y morir como el sabio tribuno imaginaba... antes de ser asesinado. Como apología de la vejez, logró la obra su propósito pero, como la vejez misma, es una apología de doble cara: aquello que se celebra también puede ser objeto de preocupación. La vejez, como la vida misma, siempre aceptará miradas múltiples y contradictorias.